

Viena

El arte de hacer política

«Arte y dictadura»
Kuenstlerhaus, Karlsplatz, 5
Hasta el 15 de agosto

La exposición «Arte y dictadura», que se exhibe en el museo Kuenstlerhaus, de Viena, muestra, a través de mil quinientas obras, la otra cara del arte del siglo XX, entre las que figuran diecisiete de la colección privada de Hitler nunca antes mostradas al público. Un conjunto artístico que tan sólo sirvió para «glorificar» el nazismo, el estalinismo, el fascismo italiano y el austrofascismo de los años treinta. El fervoroso culto a los mandatarios, la representación glorificada de la vida cotidiana de obreros y campesinos —que muy poco tenía que ver con la realidad—, el ensalzamiento del soldado y de la guerra, y el gigantismo que impregnó la arquitectura como muestra de poder y grandeza, caracterizaron este «rebaje» cultural del que se alimentó el pueblo «sano».

«El arte es una misión noble que obliga al fanatismo», dijo Adolf Hitler. El hombre que exigió fanatismo, realismo y gigantismo a los artistas de su época, supo, al igual que sus contemporáneos Stalin y Mussolini, abusar de las artes para convertirlas en un incondicional instrumento de propaganda política. Eran tiempos en los que la política y la cultura se entrelazaban y sólo el artista que se subordinaba a los dogmas estéticos del realismo socialista y a los principios del Führer recibía los encargos para plasmar los grandes acontecimientos de la época. Las artes plásticas y la arquitectura se pusieron al servicio de la



Ubaldo Oppi: «Las Adrias», 1926

política y se creó un arte que pudiera ser entendido por todo el mundo, pero ni mucho menos popular, ya que éste no servía a los objetivos de la propaganda. Las manifestaciones artísticas del nacionalsocialismo, del estalinismo, del fascismo italiano y del austriaco se basaron ante todo en la idealización de la realidad, y siempre acompañado de un carácter de intemporalidad.

Hitler consideraba la sujeción de una obra a una época «un invento judío» y lo rechazaba categóricamente. «El arte no se basa en el tiempo sino en los pueblos», diría en uno de sus múltiples discursos sobre cultura alemana. El ideal de intemporalidad que solía cultivar el arte nazi abrió una productiva retropectiva política en la

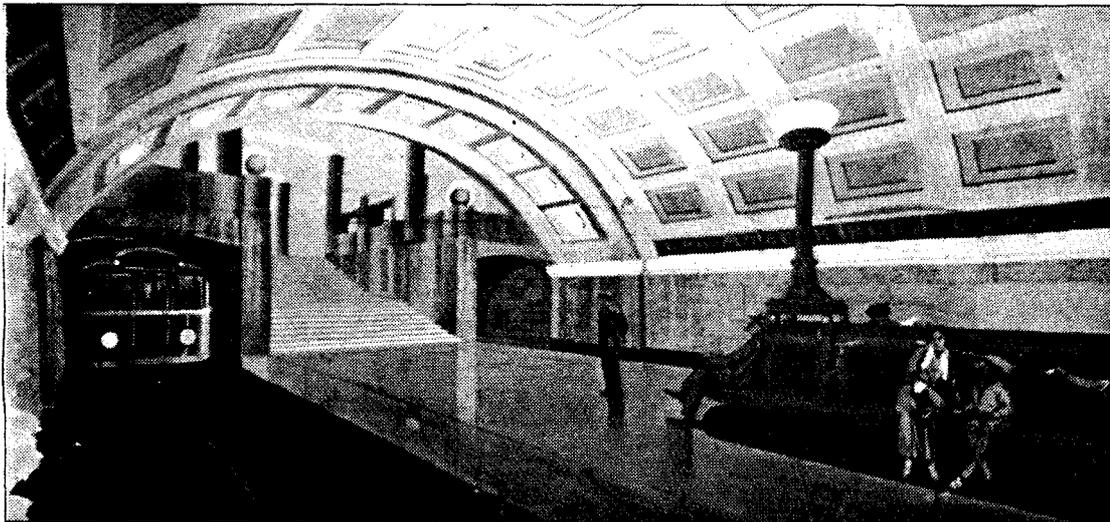
historia y una perspectiva de futuro optimista.

El arte nazi se apropió igualmente de la cultura de la antigua Grecia, despojándola de todo su simbolismo humanista, para someterla a los intereses políticos del régimen. El escultor alemán Arno Breker concibió lo que Hitler llamó «lo más bonito que se ha creado en Alemania», refiriéndose a las esculturas «Partido» y «Wehrmacht», que fueron colocadas en el patio de honor de la Cancillería del Reich. Los cuerpos desnudos, atléticos y robustos representaron los postulados de salubridad y belleza del ideal nacionalsocialista, omitiendo el ideal de inteligencia de los griegos. El realismo socialista de la era estalinista rechazó igualmente el arte «de elite» o «del

«Tiranía de la belleza»
Sala de exposiciones del MAK
Hasta el 17 de julio

capitalismo vagabundo», para que los proletarios pudieran identificarse como «héroes» con el sistema comunista. Alexander Bubnow muestra en «Entrega de la orden de Lenin y de la estrella de oro del héroe del trabajo», el máximo ideal del obrero sano rodeado de un paisaje bucólico.

La identificación con el partido en el arte soviético de los años treinta oscila temáticamente entre el tractor y las campesinas con hoz y espiga, según la prioridad que se diera a los proyectos políticos: plan quinquenal de 1928, el «neopatriotismo» de mediados de los años treinta, la gran guerra patriótica contra la ocupación alemana, etcétera. La arquitectura de la época estalinista es objeto de otra exposición que acoge estos días, y hasta el 17 de julio, el Museo de Artes Aplicadas de Viena. En ella se muestran por primera vez planos, bocetos y modelos procedentes de archivos rusos privados de lo que fueron inmensos proyectos urbanos, como el Palacio de los Soviets, el edificio de la administración de la Aeroflot, el Ministerio de Asuntos Exteriores y el Metro de Moscú. Construcciones que ponen de manifiesto «la fuerza utópica y optimista de la arquitectura del proletariado triunfante». En contraposición al arte estatal nacionalsocialista y estalinista, las manifestaciones artísticas permitidas por Mussolini se caracterizaron por la variedad de estilos. En octubre de 1922, poco después de la marcha sobre Roma, y nombrado Mussolini jefe de gobierno, siete artistas crearon en Milán un grupo llamado Novecento. Un grupo heterogéneo que cultivó el futurismo (Leonardo Dudreville, Achille Funi, Mario Sironi), el impresionismo francés (Anselmo Bucci) y el secesionismo vienés, como Ubaldo Oppi y Piero Marusig. Esta generosidad estilística cumplía a pesar de todo con la obligada difusión de la ideología fascista y servía al culto del Duce. Los más de 300 cuadros y esculturas expuestos en la muestra, entre los que destacan 17 de la colección privada de Hitler —que reunía alrededor de 6.755 obras—, incita al visitante a no olvidar que amordazamiento espiritual y coordinación pueden guiar a un pueblo.



Dibujo de la estación de metro de la Biblioteca Lenin, del arquitecto A. I. Gonkevich

Mónica FOKKELMAN